

El ejército francés acampaba en posiciones admirables, tanto para el ataque como para la defensa. Estaba atrincherado en el ángulo casi recto que forman los dos caminos que parten de Brünn, y otro á Olmütz y otro á Viena: por la izquierda lo protegían colinas cubiertas de bosques casi impenetrables, y por delante, un arroyo profundo, cuyas aguas se esparcían de trecho en trecho en ambos pantanos: ocupaba todas las aldeas situadas desde Girszkowitz á Tellnitz, donde comienza la región de las lagunas; y en caso preciso, la ciudadela de Brünn le aseguraba la retirada á Bohemia. Más allá del arroyo, frente al centro francés, se elevaba la aldea de Pratz ó Prafzen, situada en una alta meseta, detrás de la cual descubriáse á lo lejos el lugar de Austerlitz y su castillo, ocupado por el ejército de los dos Emperadores. Napoleón había dejado abandonada aquella meseta y casi desgarnecida su derecha, para hacer creer al enemigo que le sería fácil envolverle por este lado y cortar el camino de Viena. Weyrother, que había sido nombrado jefe de estado mayor, cayó en el lazo trazando el plan de la batalla á medida del gusto de Napoleón, y el primero de Diciembre, los rusos-austriacos coronaron las alturas que se alzan al oeste de Austerlitz y la meseta de Pratz, que vino á constituir el centro de sus posiciones. El caudillo francés, observando los primeros movimientos que los aliados ejecutaran, no vaciló en anunciar aquella misma tarde á su hueste la maniobra que debían verificar á la mañana siguiente, y los riesgos y peligros que iba á exponerlos: «Soldados: les dije, las posiciones que ocupamos son formidables, y *mientras vayan marchando* (los austro-rusos) *para envolverme por la derecha me presentarán su flanco*. Soldados: dirigiré en persona vuestros batallones.....». La seguridad que estas frases demostraban contribuyó luego á acreditar el rumor, muy difundido en Rusia, de que una traición le había dado á conocer el pensamiento de Weyrother; sin embargo, no tenía necesidad Napoleón de que nadie le revelara un plan por él sugerido, como hemos visto, con sus medidas y cuyos preparativos, y desenvolvimiento preliminar siguiera atentamente. El Emperador visitó aquella noche á pie los vivaques; los soldados le reconocieron y aclamaron, encendieron millares de haces de paja, puestos sobre pértigas, para celebrar el aniversario de su coronación. La inmensa ráfaga de luz que recorría toda la línea francesa hizo creer á los aliados que el enemigo trataba de escapar, empleando una estratagema copiada de Aníbal y de Federico.

El día dos, á las diez de la mañana, se disipó la densa niebla que hasta entonces había ocultado los movimientos de los ejércitos, y Napoleón vió á tres columnas rusas avanzando sobre Tellnitz, y Sokolnitz aldeas situadas en el extremo de su ala derecha, é inmediatamente dió orden á los mariscales Soult y Bernadotte de que á la media hora atacaran la meseta de Pratz, debiendo ser secundados en esta operación por la caballería de reserva á las órdenes de Murat, los granaderos de Oudinet y la guardia imperial mandada por Bessieres. Habíase empeñado la acción en Tellnitz y Sokolnitz, cuando llegó á la

meseta de Pratz el emperador Alejandro, con el emperador Francisco y varios generales y consejeros: allí estaba Kutuzoff sin moverse, formados aún en pabellones los fusiles de los soldados. «¿Porqué no os ponéis en marcha, general?» le preguntó Alejandro.—«Esperaba, contestó Kutuzoff, á que todas las tropas de la columna estuviesen reunidas».—«No estamos, repuso el Emperador, en una revista donde sea preciso aguardar que acudan todas las tropas».—«Precisamente, porque no estamos en una revista, arguyó Kutuzoff, no he comenzado aún. Por lo demás, V. M. puede dar sus órdenes.» Dictáronse, en efecto: los soldados empuñaron los fusiles, y comenzó el descenso á la llanura; pero no bien salieran de la aldea los primeros batallones, los envolvió un fuego terrible, que introdujo el desorden en su filas y les forzó á ampararse de nuevo en la población. Este fué el comienzo de una lucha desesperada contra fuerzas muy superiores. Los batallones franceses parecen brotar de la tierra, inundando los barrancos y las aldeas; el cuerpo de ejército de Kutuzoff es totalmente deshecho y dispersado; la meseta de Pratz, tomada, y Buxhowden, que era el general que había atacado á Tellnitz, acometido vigorosamente. Buxhowden se había alejado mucho; órdenes apremiantes le obligan á retroceder, y toma la vuelta bajo el nutrido fuego de todas las divisiones de Soult. Una de las suyas, que dejara en Sokolnitz, cercada por todas partes, tuvo que rendirse. En cuanto á él, llega hasta Augezd; más aquí, el enemigo corta en dos su columna, de la que sólo una fracción puede continuar su camino para unirse á Kutuzoff, siendo el resto, con otras numerosas fuerzas, arrojado hacia los pantanos. La artillería aliada se precipita á un puente, que se rompe; las tropas que la acompañan quieren huir por el pantano de Tellnitz, cubierto de hielo; pero Napoleón hace dirigir contra ellas el fuego de los cañones, y el hielo cede al choque de las balas y el peso de la gente, hundiéndose de súbito y desapareciendo bajo él millares de desgraciados. Cuéntase que, veinticuatro horas más tarde, se oían aún sus gritos y sus gemidos. Los rusos dejaron en el campo de batalla entre muertos y heridos veintiún mil hombres y toda su artillería; que constaba de ciento treinta y tres cañones; los austriacos perdieron cerca de seis mil hombres; los franceses sobre unos ocho mil quinientos, según los datos más fidedignos. La victoria de Austerlitz era la mayor conseguida hasta entonces por Napoleón; la de Rivoli, no menos brillante por la seguridad y precisión de las maniobras, le es muy inferior desde el punto de vista de la importancia de los resultados.

A la mañana siguiente, el emperador de Austria solicitó del vencedor una conferencia, que se celebró el día cuatro, yendo Francisco José á avistarse con Napoleón, de quien obtuvo un armisticio, cuyas primeras condiciones era la de separar en el acto su causa de la de Alejandro y que los rusos evacuarán inmediatamente el país. El Czar, poco satisfecho de su papel de generalísimo y conturbada su imaginación por las horribles escenas que había presenciado, se apresuró á ratificar un pacto que le libraba, á ruegos mis-

mos de su aliado, de todos sus compromisos para con éste. Alejandro estaba á la sazón en Holisch, más allá del Morava, y se ha supuesto que debió su salvación únicamente á la magnanimidad de su adversario. No obstante, Napoleón, que en uno de sus boletines se jactó de haber podido conseguir «que no se escapase un solo hombre del ejército ruso», en sus cartas particulares no sienta afirmaciones tan categóricas, limitándose á decir «que Alejandro había salido difícilmente del apuro», lo que no es lo mismo.

Napoleón aplicó en las nuevas negociaciones de paz la máxima de «dividir para vencer». Así es que, habiendo aislado al Austria de Rusia, se propuso ahora divorciarla de Prusia. Tres días antes de la batalla de Austerlitz, había ido á su campamento Haugwitz, encargado de notificarle el *ultimátum* de Federico Guillermo, y Napoleón le despachó para Viena, remitiendo la respuesta á momento más oportuno. Ahora podía decirse que Prusia estaba vencida sin pelear, y Napoleón decidióse á negociar en persona con Haugwitz, encomendando á Talleyrand que tratase con Austria, pero no en Viena, sino en Brünn.

Talleyrand había sostenido anteriormente, en una Memoria redactada en Strasburgo y en cartas particulares, que era necesario mostrarse generoso con Austria, creyendo fácil convertirla en potencia amiga, sin más que tenderle la mano y ofrecerle compensaciones por los sacrificios que se estaba en el caso de exigirle. Las ideas del ministro francés no cambiaron después de Austerlitz. Juzgando imprudente ensañarse con Austria y reducirla á la desesperación, pensaba que debía sin duda privársele de Venecia y de sus territorios de Suabia, causa continua de querrela, pero facilitándole al par la adquisición de otras provincias en el Danubio, codiciadas por Rusia; convenía, asimismo, en su concepto tranquilizarla, separando las dos coronas de Italia y Francia; había, en fin, de procurarse desarmar sus recelos y suspicacias, permitiendo á Venecia erigirse en Estado independiente, en lugar de incorporarla al Imperio francés. Lograriase de este modo que Austria se ligara á Francia por los dobles lazos del reconocimiento y el interés, recobrando su estabilidad el sistema europeo, y contándose, en caso de nuevas guerras en el continente, con un punto de apoyo más sólido que la versatilidad prusiana, aunque tampoco eran incompatibles la alianza con Austria y la inteligencia con Prusia. Había rehusado Napoleón seguir estos cuerdos consejos antes de Austerlitz, y ahora, anonadado el ejército de la coalición, no podía menos de escucharlos con más displicencia y despego. Desde su triunfo de Ulma, meditaba mutilar sin compasión al Austria, y con su reciente y prodigiosa victoria, sus pretensiones habían crecido fuera de medida. No se atrevió, sin embargo, á revelar aún su pensamiento con entera franqueza, por más que ya le sujetaban pactos con los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, á cuyo tenor debía entregar á estos Príncipes las provincias alemanas de Austria; esperaba, para decir su última palabra, á saber cuáles eran las disposiciones de Prusia. En su consecuencia, recomendado á Talleyrand que ganara tiempo, que no sacase ciertas cuestiones del terreno de una gran vaguedad y

que á nada se comprometiera en definitiva, le dejó entendiéndose con los negociadores austríacos, y él marchó á Viena, donde estaba Haugwitz.

De una conferencia celebrada el nueve de Diciembre en el palacio del duque de Brunswick, en Berlín, por generales y ministros, resulta que los consejeros de Federico Guillermo no consideraban desligada á su patria de los deberes contraídos el tres de Noviembre en Postdam, por haber sobrevenido el desastre de Austerlitz. Comprendían la magnitud de la derrota, y calificaban de ligereza el haber empeñado la batalla sin aguardar á que llegasen el archiduque Carlos, por un lado, y los prusianos, por otro; pero, esto no obstante acordaron que el rey podía manifestar á los dos emperadores «que estaba dispuesto á cumplir sus compromisos» y «á hacer que sus tropas, que se encontraban en marcha, tomaran una dirección más apropiada á las circunstancias, encaminándolas más hacia la izquierda, que era donde estaba el mayor peligro, es decir, hacia Bohemia». En tal sentido, escribió el Rey al emperador Alejandro una carta, de que debía ser portador el coronel Phull, y se adoptaron otras medidas de conformidad con lo resuelto. Antes, sin embargo, de que se pusiera en camino el coronel Phull, se tuvo conocimiento en Berlín de la entrevista de Francisco José con Napoleón; de haberse pactado el armisticio y de la retirada de los rusos. El gobierno prusiano tenía ya firmadas las órdenes mandando marchar á las tropas, y no sabía cómo salir del atolladero, cuando recibió una carta urgente del conde de Haugwitz, fechada el diez y seis de Diciembre en Viena, donde aquél anunciaba haber celebrado con Napoleón una serie de conferencias, siendo, decía, de tal importancia su resultado que era imposible confiarlo á la pluma ni á un mensajero, por lo que iba á ponerse seguidamente en camino, recomendando que en el entretanto continuasen las tropas en los mismos puntos donde se hallaban. El día veinticinco se presentó el conde en Berlín, llevando un tratado entre Francia y Prusia, que firmara en Viena, aunque sin poderes para ello, si bien había quedado reservada al Rey la facultad de aceptarlo ó no. No es difícil de adivinar lo sucedido. Napoleón, figiendo primero estar indignado con la conducta de Prusia, de cuyos agravios harto legítimos prescindió, cambió repentinamente de táctica y ofreció al Conde, asustado y temeroso de ver desencadenarse sobre su patria las iras del vencedor de Austerlitz; su alianza y la cesión de Hanóver. No se resignaba, sin embargo, el Emperador á este sacrificio, como decía, sino con la condición precisa de que se eligiese sin demora entre la alianza y la guerra: ó una cosa ú otra, no había más escape. Haugwitz, que siempre había sido partidario de la alianza con Francia y que además, no pecaba de escrupuloso en punto á honor y patriotismo, no comprendiendo, ó aparentando no comprender, la ignominia que envolvía para su país la transacción propuesta, se arrojó sobre el cebo que se le presentaba, figurándose hacerse con ello acreedor á la gratitud de Prusia, y firmó cuanto quiso Napoleón, con la salvedad que hemos indicado. Lo acontecido posteriormente se narrará más adelante.